



LA LIDIA

REVISTA TAURINA ILUSTRADA

PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios... Ptas. 2,50
25 > extraordinarios... > 5

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: trimestre. Ptas. 2,50
PROVINCIAS: > . . . > 3
EXTRANJERO: año... > 15

NÚMEROS ATRASADOS

Ordinario... Ptas. 0,25
Extraordinario... > 0,50

La correspondencia se dirigirá al Administrador: Calle del Arenal, 27. - Madrid. — 8 — A toda suscripción acompáñese el importe en libranza ó sellos.

AL CORRER DE LA PLUMA

BUENOS están los tiempos para que los asuntos taurómicos proporcioneen al lector grato solaz y honesto esparcimiento!

A la altura en que los últimos sucesos nos han colocado, no hay sino dejar correr la «péñola» á tontas y á locas, para llenar unas cuantas cuartillas que hagan exhalar á las prensas ténues gemidos, y llenen malamente un hueco en este número extraordinario de LA LIDIA.

¿De qué hablar? El eco de la última temporada taurina se perdió hace rato, arrastrada por el huracán cabriñanista que nos trae á todos preocupados, y con el agua al cuello á muchos.

Madrid parece inmensa mesa redonda donde se sirven manjares en estado de putrefacción, los cuales nos saben á gloria y deglutimos con deleite. No nos falta más que un Oscar Wilde para que resulte completo el cuadro. ¿No hay por ahí algún excelente ciudadano que se dedique á servirnos Wildes indígenas, en este ambiente saturado de todo linaje de porquerías que, como densísima niebla, envuelve á la capital?

Habíamos importado de Francia los bufos y las cocottes; ahora poseemos Panamá á pedir de boca. Salomón estaba en lo cierto al opinar que el rutillante Febo no alumbraba más que chocheos.

No se puede dar un paso sin oír el nombre del marqués de Cabriñana; todo el mundo entona la misma canción, con una letra en que se perciben con claridad estas palabras: «concejales», «cárcel», «presidio», «bribones», «robos» y otras más expresivas aún, con una música latosa, aburrida, insoportablemente fea, que parece hurtada de *Al fin se casa la Nieves*, ó *¡Vámonos á la Venta del Grajo!*, cuyo título debería ser: *Cayóse otra vez Tomás* ó *¡Hay Providencia Ricardo!*

Y como ocurre con las partituras de Bretón, la marea sube, los horrores se acumulan, desátanse las lenguas y apunta en las narices el coriza producido por tanto hedor.

¿Adónde vamos á parar? — se preguntan azoradas las gentes. Y en esa resaca del chanchullo que rebasa todos los límites, acabaremos por decirnos imitando á los trapenses: — «Que ser procesados habemos. Ya lo sabemos.»

En este remolino de la inmoralidad que nos convierte en Candelas profesionales, ¿quién se

acuerda ya de las caritativas expansiones de Bartolo? ¿Quién rememora á estas fechas las pérdidas asechanzas de Guerrita?

El primero, el agosto general, no está, no como Bretón y Vega en la *Venta del Grajo*, sino contando los relucientes duros bajo la sombra de la Giralda ó sobre las rientes márgenes del caudaloso Guadalquivir, dulce Leteo donde las sombras de la Usura liban actualmente las aguas que destruyen toda noción de mnemotecnía.

¡Oh, cómo se reirá, cual no otro alguno, de las cabriñanadas de Madrid! ¡Con qué soberano desprecio mirará, desde las columnas de Hércules, á los gnomos de la inmoralidad que se dejan pescar aquí como candidas lubinas! «Como guapa, es guapa» — decían de la molinera de Alaróon. — «Como trucha, es trucha» — debemos todos decir del buen Bartolo.

Guerrita, por su parte, meditará al aire libre en el apacible y perfumado ambiente de los Califas omniades, sobre la fragilidad de los juicios humanos, y la inventiva de los que estiman punto negro á Rafael para cábalas y combinaciones *ad majorem tauromachiae gloriam*.

Los augurios que se hacen para el año que viene, no pueden ser más optimistas. El color de rosa domina en ellos y luce sus encantos, como las cintas que exornan los cayados de los pastoreitos á lo Watteau.

¿Quién se apura por eclipses que sólo mortifican á los villamelones que pululan por ahí? ¿Quién ha de echar de menos las cabrioladas de Terpsicore torera? ¿Quién que estime en algo «las bases fundamentales del arte», no se sentirá satisfecho con la desaparición de Blondín?

¡Fuera, fuera titiriteros! ¡A las Murenas los histriones! ¡Muerte y exterminio á esos conculcadores de los sagrados preceptos de la tauromaquia clásica! ¡Que venga Voltaríe, y secundemos su grito sublime de «aplastemos al infame»!

— Me joraba el Dante — dijo Ventura de la Vega.
— Me carga el Parsifal — ha dicho el autor de la *Venta del Grajo*.

— Me revienta Rafael — murmuran por ahí los devotos de un lato clasicismo.

Y entre jorabas, reventaduras y cargas, des-punta en el horizonte la próxima temporada, plácida y sonriente, como esas lunas llenas que en las serenas noches del estío manchan con su estúpida mueca la majestad de los espacios siderales.

¡Oh la temporada próxima venidera! Entonces verán ustedes lo que «es arrancar corto y derecho», y «parar los pies», y «estirar los brazos» y «dar salida con el trapo», y «ahorrar la cabeza», y «enhiarse», y todas las demás muletillas que rezan los catecismos de los revisteros contemporáneos de Montes, y de los que han apurado los calostros del arte de Pepe Illo en las proezas suicidas de cualquier pelafustán.

«Salga la voz alegre de mi seno
á contemplar esta vivienda nuestra.
¡Paz en la tierra, gloria en las alturas!
¡Cantad en vuestras jaulas, criaturas!»

Verdad es que las pedagógicas disciplinas que antaño ensangrentaban el cutis de los maestros, se han convertido hogaño en puras mieles; y que las maledicentes reticencias del repertorio antiguo no se exhiben hoy sino contra algún sacrificador de chotos que se ríe de ellas, como nos reímos nosotros cuando, de vez en cuando, nos toca de rebote algún sofión.

¿Qué le vamos á hacer? La vida es corta y hay que divertirse en la comedia humana; que de otra suerte nos consumiríamos todos en el más roedor aburrimiento, en el toreo clásico de la esfera social, que nos convertiría en momias.

— Dadme un punto de apoyo y removeré la tierra — dijo Arquímedes.

— Suprimidme á Guerrita y reposaré tranquilo — claman los toreros románticos y los devotos del clasicismo taurómico (!!!) imperante.

Y entre tanto la cristalina esfera gira bañada en luz, como decía el autor de *El Diablo Mundo*, y la cristalizada afición espera el año que viene, para fundirse al calor de los astros de primera magnitud que cruzarán por los dominios de Bartolo, caldearán la atmósfera y trocarán en rubias ó en negras guedejas los cabellos blancos de más de un Filemón.

Aguardemos, pues, la bienaventurada época del resurgimiento de las lilas, época de la teleología universal, en que los templos rasgan sus enlutadas vestiduras, y las bronceadas lenguas de las campanas tocan á vuelo, gritando alegremente: *¡Resurrexit!*

Mientras ese instante llega, yo, que paseo mi soledad en pleno decadentismo, me recojo en mis lares, cierro mi pico averiado, y me pongo en el oído izquierdo una bolita de algodón, bañada en

aceite de almendras dulces, cuando aquél me chillaba demasiado...

A todo esto, la pluma corre que se las pela, y veo que es hora de dejarla descansar, no haga el diablo que se le calienten los puntos, y, saliéndose de madre, le echemos á perder.

Por lo cual me despidió afectuosamente de los benévolos y malévolos lectores de LA LIDIA — que de todo hay en la viña del Señor, y yo no sé quien me lee — deseándoles todo género de venturas é invitándoles, si quieren lograrlas fácilmente, á que todas las mañanas, al levantarse y todas las noches, al acostarse, se persiguen con devoción, diciendo:

— Por la corrida de la Santa Cruz (Roja), de nuestros guerritistas libranos Muñoz, Dios nuestro. En el nombre de Bartolo y de Jimeno y del Espíritu Harto. *Amén.*

Don JERÓNIMO

REVERTE, BOMBITA Y EL ALGABEÑO

No hay que fruncir el ceño, señores lectores, que no vamos á detallar en biografías ó apuntes para ellas, las vidas y milagros de los noveles diestros que, hoy por hoy, ocupan la atención del mundo taurómico, esperando en ellos la resurrección de pasados tiempos de prosperidad y entusiasmo. Vengan de donde quieran, llámanse hijos de Juan ó de Pedro, y sean sus antecedentes mejores ó peores, impórtanos poco ó nada, que nosotros hemos de atenernos estrictamente á señalar sus rasgos distintivos en el toreo, para que los amantes del arte discernan, con conocimiento de causa los méritos de cada uno, y vean, sin pasión preconcebida, hasta dónde pueden llegar en el ejercicio de su difícil y arriesgada profesión.

De intento hemos dejado para el final de esta publicación en el presente año, formalizar nuestro juicio, á fin de que no se dijera que tratábamos de prevenir el ánimo de los aficionados al toreo en favor de personas determinadas; que no tenemos interés en elogiar á unos, y mucho menos en desprestigiar á otros. Tal vez el que hoy parece muy buen lidiador resulte en adelante un adocenado, y el muy valiente un temeroso, que eche á perder, con su incertidumbre, los conocimientos que haya adquirido con la práctica; y esa es la razón de que los juzgemos como son ahora, sin hacer vaticinios de lo que puedan ser en lo sucesivo, si bien hay que tener presente que los tres lidiadores cuyos nombres encabezan este artículo, llevan en sí la valentía por toneladas incalculables.

Si como decía el célebre y nunca olvidado Salvador Sanchez (Frasuelo), para matar toros es preciso, ante todo, *valor, valor y valor*, no hay duda alguna que esa cualidad importante es la base firmísima en que se apoya la reputación de Reverte, de Bombita y del Algabeño. Poseen, pues, el primer requisito de los que Montes exige á todo lidiador: *la ligereza*, que también pide como condición indispensable, y que no ha de ser la del atolondramiento, ni la de quitar todo reposo á los pies, sino la necesaria, á fin de salirse de los embroques con presteza, tampoco les falta en mayor ó menor grado, según sus respectivas facultades físicas; pero el *conocimiento exacto de su profesión*, ¿le poseen hasta el punto de que no deje nada que desear?

Reverte, cuya voluntad es harto conocida, apareció en la arena demostrando mayor y más sólido conocimiento de las condiciones de las reses que de las reglas del toreo, al contrario de lo que sucede á todos los lidiadores, que llegan á conocer aquéllas después de algunos años de práctica. Sus lances con el capote arrollado al brazo y á pie firme, repetidos tres y cuatro veces, sin perder terreno, acreditaron su estudiada habilidad, y la inteligencia que en dicha suerte adquirió desde el primer día; y como con esas bases era ya fácil mejorar el uso de la muleta, al principio deficiente por necesidad, clavó, que no paró, los pies en el suelo, y dió pases de verdadero arte, clásicos, exentos de oropeles y chavacanerías. Hasta ahí llegó bien y sin tropiezo alguno; pero al arrancarse á matar, se vió en él que se cuidaba más de ver el sitio en que debía clavar la espada, que de su propia persona, en tales términos, que el público consideraba siempre segura la cogida, y le cantó la copla para él escrita, que empieza diciendo: «no té tires Reverte». Dicen que ha mejorado mucho ese difícil juego, que consiste en dar salida al toro por la derecha del diestro, y que Pepe Illo llamó «quiebro de muleta»; y si así es, debemos confesar que son justos los aplausos que se le prodigan.

Bombita, por el contrario, es más torero que conocedor del ganado. Su buena voluntad y su empeño en aprender á ejecutar cuanto ve que es aplaudido, le han llevado á conquistar un puesto que difícilmente se consigue sin grandes méritos, elogiando todos los buenos amantes de la verdad su precisión y agilidad, demostrados más que en ninguna otra suerte, en la del trasteo de las reses, que practica con verdadero arte en toda clase de pases, con quietud y parsimonia, esperando el momento del arranque del toro para empaparle bien en el trapo y darle la salida conveniente. No puede torear de muleta con más vista ni mayor tranquilidad. Este es valor sereno de que habla Montes y que poseía también en alto grado el malogrado Manuel García (el Espartero); pero así como éste fué

victima de su arrojo al entrar á matar al toro *Perdigón*, sin parar mientes en las malas condiciones en que se hallaba, del mismo modo al ver á Bombita ir á matar *nos da miedo*. Quisiéramos más franqueza en la salida de las reses: menos exposición en el diestro.

Del Algabeño puede decirse que al verificar su presentación en la Plaza de Madrid, no convenció á nadie de que pudiera llegar á ser torero. Era tal su torpeza, que en todas partes estorbaba: su irresolución pudo costarle cogidas ciertas más de una vez, lo mismo que su defecto gravísimo de tapar el viaje natural de las reses sin desdoblar el capote ó haciéndose con él un lío, y sin embargo, todos exclamaron á una voz, al ver cómo llegaba con la mano al morrillo de los toros, al introducir el estoque, entrando, llegando y saliendo limpio de la suerte: «ahí está un matador que trae mucho dinero en la punta de la espada». Parece mentira que, desde entonces acá, en tan poco tiempo, haya aprendido á sortear las reses, si no con sujeción á los principios del arte, con la suficiente frescura y oportunidad para librarse de los embroques. ¡Ah! si mejora cada día más el manejo del capote y el de la muleta; si no abandona el excelente modo de herir, que le ha dado celebridad, y si después de sufrir un percance, de los que son tan comunes en el toreo (y del que Dios le libre muchos años) no se echa atrás, ¡cuántos han de envidiarle!

Hoy por hoy, esa es la situación en que se encuentran los tres citados espadas: lisonjera es, y deben conservarla mejorándola y haciendo completa abstracción de adulaciones que les engañan. En otro caso, en el de que se consideren ya perfectos lidiadores y matadores de toros, posible es que esas estrellas que han aparecido en los horizontes de la tauromaquia, sean meteoros fugaces, de que no quede más que el recuerdo de lo que fueron en sus mejores tiempos, haciéndonos perder toda esperanza de la regeneración del toreo. Corrijan defectos, ateniéndose á los preceptos indestructibles del verdadero arte, y entonces aplaudiremos con calor en el año próximo, hasta el cual nos despedimos, á esos jóvenes que tanto interés han despertado en la afición taurina.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

Un retrato de Pedro Romero.

EN la antigua colección de pinturas que reunió con laudable constancia y grandes dispendios el infante de España D. Sebastián Gabriel de Borbón, figuraba un retrato hecho por el insigne Goya del incomparable diestro Pedro Romero. Este retrato, que existió con posterioridad en la antigua casa de los Padres Jesuitas de Pau, bajo el núm. 633 del catálogo, y cuyo paradero en la actualidad desconozco, mide 0,95 de alto por 0,75 de ancho, y se halla descrito en los términos siguientes por el Conde de la Viñaza, en su excelente estudio biográfico-crítico del ilustre pintor aragonés.

«Busto prolongado, vuelto un poco á la derecha y con las manos cruzadas sobre la cintura. Lleva el cabello largo y despeinado: un mechón de pelo le cae sobre el hombro izquierdo. Viste chaquetilla de terciopelo granate, adornada de plata en el cuello, hombros y bocamangas; faja de seda ligeramente azulada y capa encarnada colocada sobre su hombro izquierdo, recogida con la mano de este lado, que tiene debajo de la otra.»

Mucho antes de la publicación de este libro, un ilustre literato, D. José Somoza (1) había dado notoriedad á la obra de Goya, describiéndola en los términos que copio á continuación:

«Siempre que miró el retrato de Pedro Romero, pintado por Goya, admiró el ingenio de este artista, que en un retrato de medio cuerpo ha encontrado medios de caracterizar á aquel torero célebre y singular. Su semblante, que está muy parecido, respira honradez y aun sensibilidad, sin que se advierta nada que indique la ferocidad desalmada de las costumbres gladiatorias. Sólo una de sus manos, que está abierta y apoyada sobre el otro brazo, es la que manifiesta la profesión del personaje. Esta mano de atleta se presenta en primer término, y llama la atención de los espectadores para que no duden respecto al ejercicio y fuerza del que miran...»

Es seguro que en el retrato de Goya habrá hecho gala, como en la mayoría de los suyos, de la sobriedad de color y energía de ejecución, que le han hecho ser el inmediato heredero de Velázquez, y el artista sin sucesor hasta la época presente.

Pero el literato Somoza no se limitó á describir la obra artística; quiso contribuir al retrato moral del modelo, y adicionó á las líneas que he copiado las que copio también á continuación:

«La primera vez que vi este retrato en el estudio de Goya, recordé una conversación de mi padre relativa á Pedro Romero.

Se trataba de la inmoralidad de las corridas de toros, y conviniendo mi padre en todas las invectivas triviales y repetidas contra este espectáculo, decía que, sin embargo, había él recibido una lección de moral muy fuerte y profunda en la corrida de toros en que murió un hermano de Pedro Romero. El lance suce-

dió en la Plaza de Salamanca, como saben todos los aficionados. Apenas Pedro Romero, joven entonces, vió á su desgraciado hermano caer mortal, se dirige á la barrera, toma una espada y corre hacia el toro sin pedir licencia á la autoridad, sin escuchar las súplicas de su anciano padre, que traspasado de dolor por la pérdida de un hijo veía probable la de este otro, que amarillo de cólera, erizado el cabello, con sólo la espada, sin capa en la otra mano ni ninguna otra defensa, corre hacia la fiera, y para llamarla la atención y separarla del cuerpo de su hermano, da un grito espantoso. Cuando oí aquel grito — decía mi padre — no tuve por increíbles aquellos gritos que en las batallas de Homero dan los guerreros y son oídos en medio del combate. Este grito produjo un general silencio; el interés de los espectadores mudó de objeto; ya no es el héroe de la función el animal perseguido injustamente y que se venga de gentes asalaradas y de poca importancia que le persiguen. En efecto ¡qué escena! Un padre arrodillado en medio de la Plaza y que pide al cielo le conserve un hijo, al tiempo que acaba de ver espirar el otro. Todo el mundo se interesa ya por esta desgraciada familia. El terror y la compasión en el más alto punto, se han apoderado de todos. En este intervalo de silencio trágico, Pedro Romero y el toro se arrojan uno contra el otro, y este último cae muerto de una sola estocada de aquella mano diestra y firme, dirigida por la vista más certera que hubo entre lidiadores. Las voces y palmadas de aplauso resuenan por todas partes; pero ¡oh naturaleza! el sensible Pedro Romero no las escucha ni contesta á ellas; el público y la gloria le es indiferente: no es aquel Pedro Romero airoso y gallardo, que concluida la estocada se solía congratular con el anfiteatro de un modo tan halagüeño é inimitable, con aquel movimiento circular del brazo y de la espada, y aquellos pasos apresurados y cortos sobre la punta del pie: es un desgraciado hermano, es un individuo de la humanidad que pasa por la rueda de pasiones y dolores que ocasiona un desastre, y que desde la altura de la ira y venganza, cae desmayado entre los brazos de un padre. Los otros lidiadores rodean, llorando, al padre y al hijo, y los sacan de la Plaza. La función no prosigue; el espectáculo se da por concluido con este acto; los espectadores bajan de sus asientos convencidos de que no puede ofrecérseles ya escena que interese. Cada uno quiere ir á meditar en silencio ó á comunicar con sus familias la sensación que ha experimentado, y á gozar de la seguridad de no haber perdido desastrosamente un hijo ó un hermano.»

Otro escritor contemporáneo y distinguidísimo especialista, mi amigo D. José Sánchez de Neira, autor de una biografía de Pedro Romero, tan entusiasta que llega á calificarle de «César ó Alejandro» del toreo, niega exactitud á la escena descrita, con daño de la veracidad de D. Ignacio de Somoza y Carvajal, regidor perpetuo por el estado noble de la ciudad de Piedrahita.

«Pedro Romero — dice Sánchez de Neira — se retiró en 1799; su hermano Antonio murió en 5 de Mayo de 1802; luego aquél no asistió á la corrida.» El argumento no es de gran fuerza, porque Pedro Romero se retiró en la plenitud de sus facultades, como lo demuestra el hecho de haber sido veinte años después primer maestro de la Escuela sevillana de tauromaquia, creada por el Rey Fernando VII; pudo asistir y sin duda asistiría á las corridas en que matase su hermano Antonio, el Benjamín de la familia, á quien él había dado la alternativa de matador; y si lo hizo á la del nefasto 5 de Mayo, nada de extraño tendría que al ver caer á su hermano se convirtiera de espectador en actor, y volara deseoso de venganza, *sin pedir permiso á la autoridad*, como expresa el citado Somoza en su relato.

Otra razón aduce Sánchez de Neira, y esta debe reconocerse como decisiva. «Antonio Romero — dice — fué cogido y muerto en la Plaza de Granada, no en la de Salamanca». Tal vez, sin embargo, no fuera muy descaminado el suponer que Pedro Romero, que en aquella época tenía su vecindad en Ronda, pudo muy bien haber asistido á la corrida de Granada.

Y hago fuerza en esto, tratando de armonizar lo dicho por unos y por otros, porque me cuesta grande esfuerzo ver destruida con una descarnada cita de lugar la dramática escena con que Somoza completa el retrato del afamado diestro, á quien Costillares, Pepe Illo y otras celebridades de su tiempo, profesaban una emulación que no falta quien suponga rayana en la envidia.

De desear sería que el cuadro de Goya, reproducido por los modernos procedimientos del arte, generalizase el conocimiento del maestro de tauromaquia que mereció la honra de que sus facciones fuesen trasladadas al lienzo, formando parte de la *Iconografía goyesca* en que aparecen como las figuras salientes en los albores del siglo XIX, Bonaparte y la familia Borbón; los estadistas Campomanes, Floridablanca, Godoy y Pignatelli; los héroes de la Independencia, Palafox, Mazarredo, Ricardos y Wellington; los artistas Ventura Rodríguez, Villanueva, Bayeu, Esteve; los literatos Jovellanos, Meléndez Valdés, Ceán Bermúdez, Vargas Ponce y Moratin, y los actores Isidoro Maiquez, Rita Luna y Rosario Fernández (la Tirana). De los toreros de la época sólo ocuparon el estudio de Goya, en la ribera del Manzanares, Martincho y Pedro Romero.

M. OSSORIO y BERNARD

(1) D. José Somoza y Muñoz, distinguido literato salmantino, nació en Piedrahita en 1781 y murió en la misma población en 1852. Cultivó casi todos los géneros literarios, aunque sólo coleccionó parte de sus obras en verso y prosa en 1842, en dos volúmenes. También colaboró en los principales periódicos y revistas de su época. Algunos de sus escritos de controversia religiosa hicieron que al ocurrir su muerte, se negara á su cadáver sepultura eclesíastica; pero después del diocesano impuso una corrección al arcipreste autor de la negativa.



NUESTRO DIBUJO

Como lo venimos efectuando en repetidos y análogos casos, el dibujo de este nuestro número final de año, es una recopilación, miscelánea ó *mesa revuelta* de episodios ó asuntos de alguna importancia ó significación taurina, á los cuales no hemos dedicado espacio ó ilustración especial durante la última temporada.

En la imposibilidad de reproducirlos todos gráficamente en una composición de limitadas proporciones, nuestro dibujante Daniel Perea ha escogido los que más se prestan á la combinación imaginada por el artista, formando en conjunto la página cromolitográfica, cuyos detalles, convenientemente numerados, pasamos á explicar:

1. **Retrato de Antonio de Dios (Conejito).** — El presente año ha sido fecundo en alternativas, y no solamente se han concedido en la Plaza de Madrid, sino que también en las de otras poblaciones de muchísima menor importancia. De las primeras nos ocupamos por separado oportunamente; entre las últimas figura, en primer lugar, la investidura del diestro arriba citado. Pertenece éste á la generación de toreros cordobeses, que tanta importancia tiene en la época presente, y no desmiente la procedencia, puesto que en su práctica novillera ha manifestado la buena escuela y la elegancia peculiar de los toreros paisanos y discípulos del inolvidable maestro Lagartijo. A últimos de Agosto próximo pasado, adquirió la categoría de matador de toros en el Circo taurino de Linares (Jaén), apadrinado por el célebre Guerrita, bastando por ahora á nuestros propósitos apuntar el dato, sin entrar en ningún género de comentarios.

2. **Retrato de Cándido Martínez (Mancheguito).** — A la anterior alternativa, siguió en provincias la de este otro torero, que es en los procedimientos taurómicos el reverso de la medalla de Conejito. El adorno y el arte que éste emplea en su trabajo, faltan en absoluto en el de aquel, que es por su figura y por su sistema de lidia de lo más basto que se ve ahora en los Circos, defectos que únicamente puede contrarrestar por su ánimo y buena voluntad en el desempeño de su cometido. Por el espíritu de regionalismo, goza de muchas simpatías en la Mancha; y el contar con algunas corridas por la parte que lleva ese nombre, le decidió sin duda á tomar la alternativa en las últimas corridas de feria en Albacete, de manos de Mazzantini.

3. **Retrato de Francisco Piñero Gavira.** — El tercero de los alternantes fué este conocido novillero, uno de los que más corridas torearon en tal concepto en las próximas anteriores temporadas. Con la muleta ha realizado este muchacho faenas verdaderamente notables, viéndosele adelantarse de día en día en su manejo y en el de la capa. A la hora de matar es un poco desigual, efectuándolo á veces con mucho éxito, y otras con vacilación y pesadez; pero aun así y todo, es de los diestros más generales en la lidia. En las corridas de feria de Murcia, donde tiene un excelente cartel, recibió la alternativa de Juan Ruiz (Lagartija); mas considerando luego que quizás le sería más difícil sostener el cartel de matador de toros á la altura del de novillos, ha renunciado á la categoría por medio de cartas publicadas en la prensa, proponiéndose por ahora, y con muy buen acuerdo, continuar su brillante campaña de novillero.

4. **Guerrita en Sevilla.** — En la corrida de inauguración de temporada, celebrada en Sevilla el 14 de Abril, Guerrita repitió lo que había ejecutado antes en nuestra Plaza. Se lidiaron toros de D.^a Celsa Fontfrede, por Guerra y Reverte; y el espada cordobés, después de torear al tercero con mucho lucimiento y darle un pinchazo, citando á recibir y una corta superior, le llevó hacia la barrera, sentándose en el estribo y echándole tierra en el hocico, levantándose luego y descabellándolo.

5. **Guerrita en San Sebastián.** — La fiesta taurina anunciada con gran aparato en la capital de Guipúzcoa para el 1.º de Septiembre, y en la que Guerrita estoqueaba solo seis reses de Saltillo, resultó casi una decepción, por causa principalmente del ganado. La lidia fué aburrida durante los cuatro primeros bichos, hasta que comprendiendo el espada que había que contrarrestar la mala impresión del público, sacó su repertorio en los dos últimos. Al sexto le recortó con la montera, le saltó al trascuerno y jugueteó con él prodigamente; y al terminar un quite, arrodillándose en la cara y echándole tierra, el toro arrancó, alcanzándole por la corba derecha y volteándole, sin más consecuencias que la rotura de la taleguilla y un pequeño varetazo.

6. **Reverte en Albacete.** — En la segunda de las corridas de feria de esta capital, el bravo matador de Alcalá del Río, al matar el quinto toro, fué alcanzado en la cadera derecha, experimentando un puntazo que fué atendido allí mismo con un poco de aglutinante, continuando el diestro la lidia. Desde Albacete pasó Reverte á Madrid, y sintiéndose aquí molesto por la herida, avisó al médico, que pudo apreciar una lesión que había adquirido caracteres graves por haberla descuidado en los primeros momentos. Tal transcendencia tuvo el percance, que el herido hubo de experimentar curas terribles y penosísimas, y renunciar á tomar parte en las corridas que le restaban de la temporada. Afortunadamente se halla restablecido y lo celebramos.

7. **En Dax.** — Siguiendo su costumbre, la simpática población francesa de las Landas, Dax, donde hay tantos aficionados á la fiesta española como vecinos, celebró sus corridas de toros el 24 y 25 de Agosto. En esta última mataba los seis bichos Enrique Vargas (Minuto), y transcurrió sin novedad hasta el último. Al salir éste, el comisario de policía saltó al redondeal á cumplir con la fórmula de intimar á los toreros la orden de abandonar el territorio francés; pero arrancándose la res contra el funcionario policíaco, no le dio tiempo de ponerse en salvo, y la autoridad quedó por los suelos en un estado lamentable; tan lamentable, que resultó con una gravísima herida en el muslo y otra en el ojo, derechos. Este accidente, sensible por la desgracia ocasionada, puede servir de precedente á los *protectores*, para calcular los grados que tiene el toro de animal doméstico.

8. **En Barcelona.** — *Molinero*, toro de la ganadería de Ripamillán, que debía lidiarse en tercer lugar en la corrida de inauguración de Barcelona el 14 de Abril, después de saltarle la cuadrilla landesa, tomó carrera y saltó á su vez al tendido de sombra, por la derecha de la Presidencia, sembrando la confusión y el pánico que es de suponer, aunque

sin causar desgracias. Un guardia municipal, de servicio en el tendido de sol, se dirigió rápidamente al toro, sable en mano: el novillero Vicente Ferrer que presenciaba el espectáculo, se abalanzó también á la res, *mancornándola* con auxilio de otros espectadores; el espada Fuentes la sujetó por la cola, y en esta situación un cabo de la guardia civil, colocando la boza del cañón de su fusil junto á la sien del cornúpeto le derribó de un disparo, siendo rematado después con arma blanca por varios concurrentes. El disparo del guardia alcanzó, sin embargo, al encargado de la puerta de arrastre, fracturándole dos costillas é interesándole el pulmón, pero evitó en cambio un desastre de incalculables consecuencias.

9. **El toro y el león.** — No es nuevo que otros animales feroces como el tigre, la pantera, el león, etc., hayan sido echados á pelear con el toro. Esta lucha, en condiciones poco aceptables, se ofreció nuevamente en una de las novilladas del pasado invierno en Madrid, combatiendo un toro bravo (no muy bravo), con un vetusto rey de las selvas, llamado *Regardé*, que á las primeras de cambio se declaró vencido. Al día siguiente, y para mayor *coba* de la cosa, se publicó la sensible muerte de *Regardé*; pero resulta que el escuálido león no falleció, y que según anunciaron algunos periódicos á últimos de este verano, se disponía á repetir la suerte en Málaga. En estos espectáculos está ya previsto de antemano el resultado; y aun cuando haya quien los aplauda, somos contrarios á estas mistificaciones taurinas.

10. **Cogida del Albañil.** — Fué ocasionada por *Miranda*, toro de la ganadería del Duque de Veragua, lidiado en primer lugar en la tercera corrida de abono, verificada en Madrid el 5 de Mayo. En la segunda vara, Enrique Sánchez (el Albañil), al caer con exposición, fué alcanzado por el bicho, que le suspendió por la parte superior del muslo derecho, despidiéndole luego con fuerza. Conducido á la enfermería, resultó con la fractura de la cuarta y quinta costilla, accidente que le impidió torear ya en el resto de la temporada.

11. **Reverte en Burgos.** — El valiente espada sevillano, que es sin disputa el diestro que en más frecuente contacto está con los cuernos de los toros, sufrió en la primera corrida efectuada en Burgos el día de San Pedro, otra cogida al entrar á matar el segundo bicho, que pertenecía á la vacada de Aleas, y era lo que se llama todo un buen mozo. Fué alcanzado en el muslo derecho, sufriendo un ligero puntazo que no le impidió continuar la lidia, ni tuvo consecuencias desagradables. Esta cogida, por el toro, por el terreno en que sucedió y por la forma en que el diestro fué enganchado, puede considerarse como una reproducción exacta de la experimentada en la corrida del *Reina Regente* en esta corte.

12. **Una becerrada.** — Para beneficio de las familias de los reservistas de Cuba, se dió en Barcelona el 16 de Septiembre una becerrada por las cuadrillas de Guerrita y Fuentes, en que actuando de espadas los picadores, de picadores los banderilleros, de banderilleros los puntilleros, y de rejoneadores los espadas, se lidiaron cuatro vaquillas de la ganadería de Flores. En la segunda vaquilla, al quererle Guerrita clavar el tercer rejoncillo, fué herida una bonita jaca que montaba por el bicho, que derrotando de nuevo, llegó hasta la pierna derecha del diestro. Este se sintió herido, y apeándose del caballo se dirigió á la enfermería, donde reconocido, se le apreció una herida en la parte media interna del muslo derecho, de dos centímetros de profundidad por cinco de extensión. Guerrita se trasladó á Córdoba para su curación, y aunque no grave, la lesión le privó de torear una docena de corridas contratadas para la segunda quincena de Septiembre.

13. **En Cádiz.** — Maera y Pipa tenían á su cargo la novillada que se verificó en Cádiz el 1.º de Septiembre. El tercer toro saltó la barrera varias veces, y en la última logró ganar una puerta, metiéndose en la cuadra de caballos y armando el consiguiente barullo. Los espadas, en cuanto se enteraron del caso, corrieron detrás del cornúpeto, blandiendo el acero, demostrando más actividad el Pipa, que se *fumó* al bicho, quiero decir que dió en tierra con el prófugo...

Tal es el veraz relato de esas taurinas hazañas, y aquí termina el discurso. ¡Perdonad sus muchas faltas!

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

PARA RECTIFICAR

Mi egregio amigo D. José Sánchez de Neira, dió de matar no en la semana última á sus perseverantes trabajos de carácter técnico, dedicados á enriquecer la preceptiva del arte taurino, y poner al alcance de todas las inteligencias los principios que legaron á la posteridad José Delgado y Francisco Montes; y abriendo un paréntesis en su ardua y abrumadora tarea, llevó á las columnas del número 34 de LA LIDIA, un artículo titulado *Optimismo*, del que copio el siguiente párrafo:

«¿Qué nos importa que Guerrita y sus compañeros en la corrida á beneficio de la Cruz Roja, después de anunciar que trabajaban gratis, hayan cobrado cada uno mayor suma de la que ordinariamente perciben en funciones corrientes?»

Esta injusta acusación del Sr. Neira, hace precisa una rectificación categórica y contundente, que viene obligada á hacer la misma LIDIA; pues elogiado en sus columnas repetidamente el desinterés de Guerrita por dos de sus más autorizados redactores, D. Jerónimo y D. Cándido, si fuera cierto lo que se dice en el párrafo transcrito, resultarían risibles tales elogios, siendo así que lo risible es la afirmación del Sr. Neira.

No pudiendo atribuirle á mala fe, tratándose de persona tan veraz y respetable, tiene que ser producida por ignorancia del asunto; y como una de las obras de misericordia es enseñar al que no sabe, diré á mi amigo Neira:

Que Guerrita se ofreció á tomar parte en dicha corrida sin retribución alguna, como así lo verificó.

Que acordado espontáneamente por la Comisión organiza-

dora, abonar sus sueldos á los banderilleros, picadores y puntilleros como en corrida ordinaria y sufragar á las cuadrillas los gastos de viaje, fonda y coche, correspondió á la de Guerrita por todos estos conceptos, la suma de dos mil cuatrocientas treinta pesetas, pero sin que de ella fuese un solo céntimo para el matador.

Ahora bien; si Guerrita cuando torea en Madrid percibe como es sabido seis mil pesetas por corrida, el mismo señor Neira podrá juzgar la veracidad de lo que con notoria ligereza ha dicho al ver (así consta en las cuentas) que sólo se abonaron dos mil cuatrocientas treinta, y éstas fueron para la cuadrilla, por los conceptos que se indican.

Queda, pues, demostrado, que Guerrita no cobró ni más, ni menos, ni lo mismo que en otras corridas en la de la Cruz Roja, sino que toreó gratis como había ofrecido, é igual conducta observaron los demás matadores que tomaron parte en ella; resultando, por tanto, la aseveración del Sr. Neira, completamente inexacta.

Sin duda equivocó la corrida de la Cruz Roja con la del *Reina Regente*. En ésta, sí es efectivamente cierto que los espadas Mazzantini, Jarana, Reverte, Bombita y Lesaca, percibieron íntegros los sueldos que tenían asignados en las corridas ordinarias; y Guerrita que no toreó, hizo un donativo de cinco mil pesetas en metálico, para el caritativo objeto á que se destinaba el producto de la fiesta.

Y aquí debería terminar mi rectificación; pero ya que tengo la pluma en la mano, no puedo menos de manifestar á mi amigo Neira, la extrañeza que me produce ver su constante enemiga con el diestro Rafael Guerra. ¿A qué puede obedecer que un aficionado como D. José, que entiende de toros, no desperdicie ocasión para censurar con sana impropiedad de su edad y de su temperamento, al primer torero de esta época, y en cambio elogie y cubra con el manto de su benevolencia al cúmulo de medianías que pululan por las Plazas?

No pueden guiarle los móviles que impulsan á dos ó tres revisteros que escriben críticas acerbas y apasionadas contra Guerrita, porque la integridad y honradez de Neira están fuera de toda discusión; pero tengo para mí que el amor propio entra por mucho en esta desdichada campaña.

D. José ha sostenido siempre que Guerrita no llegaría á ser una eminencia en el toreo. Al tomar la alternativa ya le pareció que *no estaba maduro* para obtenerla. Y cuenta que el *neófito* llevaba toreado diez años, seis de ellos en cuadrillas de tanto peso é importancia como las de Lagartijo y el Gallo, y era un fenómeno como banderillero. ¿Qué debería decir de estos noveles matadores que obtienen la investidura de tales, con sólo torear una temporada en clase de novilleros?

Si entresacara de la colección de artículos publicados por Neira en varios periódicos, todos los juicios y conceptos depresivos que en el transcurso de seis ú ocho años ha emitido de Guerrita como torero, de seguro que daba un mal rato á mi buen amigo; pues reconocido ya por tiros y troyanos el célebre diestro como la primera figura del toreo, resaltaría más la injusticia de aquellas descabelladas apreciaciones, y se pondría de manifiesto la ninguna influencia que ejercieron en la opinión de los aficionados, *tribunis risis*, que decía *El Padre Cobos*.

No se pueden cerrar los ojos á la evidencia. Guerrita es hoy, como Lagartijo y Frascuelo ayer, la figura preeminente de la tauromaquia. Tiene defectos como los han tenido los más grandes toreros; pero tratar de empequeñecer su mérito con juicios apasionados y retenciones de mal gusto, y ensalzar deliberadamente á otras medianías para colocarlas á su nivel, puede parecer algo así como despecho por haber fracasado D. José en su profecía, y hasta dar lugar á que se le confunda con esos revisteros, dedicados casi exclusivamente á narrar las proezas del *Palata*, el *Aguilimpia*, *Brazo fuerte* y el *Niño del Guarda*.

Y conste que estas observaciones, que consigno exclusivamente por amor á la verdad, no tienden á menoscabar la autoridad de Neira, al que profeso cariñoso afecto hace muchos años, ni pudiera hacerlo en justicia, tratándose del autor del *Diccionario Tauromáquico*, obra importante y meritísima, que, si escasa de condiciones literarias, dislocada en su sintaxis y no exenta de errores, constituye un brillante trabajo de investigación, y un inagotable manantial de curiosas noticias histórico-taurinas, cuyo subido valor no amenguan los reparos expuestos. Errores de bulto contiene el *Diccionario de músicos* de Saldoni, que tampoco está escrito en castellano, y sin embargo, todo el que se ocupe de estudiar la música española, viene obligado á consultarlo, como ineludible es acudir al magnífico libro de Neira, para cualquier estudio serio que se relacione con nuestra fiesta nacional.

Pero todos estos méritos, que paladinamente reconozco, con ser muchos, no bastan para dar patente de infalibilidad al distinguido tauromáquico;

Por que si á veces dormitaba Homero, bien puede Neira echar un sueño entero.

LUIS CARMENA Y MILLÁN.

Diciembre 12 95.

EL LANCERO DE DON JULIÁN

(Episodio taurino de la guerra de la Independencia.)

I

AUNQUE todavía no registraba nuestra historia la gloriosa página que llamamos nosotros siempre batalla de los Arapiles y los franceses de Salamanca, ya eran famosos por toda aquella tierra, y muy fuera de ella, los valerosos lanceros de D. Julián Sánchez, terror de los ejércitos de Napoleón y asombro de las tropas anglo-hispano-portuguesas, que no se cansaban de citar como ejemplo de buena organización y de excelente disciplina, la allegadiza fuerza con que había logrado hacerse el hábil y denodado caudillo de la causa nacional.

Recientemente había logrado una señalada victoria sobre los imperiales, merced á la cual, las divisiones que el Lord había corrido desde Extremadura á aquella parte, se había evitado un encuentro de dudoso resultado y siempre costoso

en sangre; y Salamanca, adonde habían ido á reponerse y municionarse las tropas de D. Julián, quiso celebrar con fiestas y regocijos públicos el fausto suceso.

Y claro está; en aquel suelo, que por producir pastos que dan alimentos á reses de lidia de tanta nombradía, es grande la afición á los toros, no podía faltar entre los números del festejo la obligada corrida.

Lo malo era, que así como ganado era fácil de traer. no lo era así encontrar cuadrillas que lograran atravesar España entera, en gran parte dominada por el enemigo; y lo que debió ser fiesta en toda regla, quedó reducido á diversión de aficionados.

El anuncio de que el producto del espectáculo se destinaba á socorro de los españoles heridos, bastó para que el estímulo creciera; y fueron tantos los toreros improvisados, que sin pedir antecedentes de la edad de los toros que debían correrse, se presentaron, según papeles de la época que tenemos á la vista que, hasta dos frailes solicitaron actuar el uno como picador de vara larga y el otro en clase de espada.

Lástima es que los referidos documentos, aunque dan cuenta de muchas otras cosas, omitan el decirnos si este ofrecimiento se aceptó; y suponiendo que sí, cómo cumplieron su cometido los dos reverendos.

Lo que sí cuenta prolijamente, es el incidente de que me propongo hacer asunto para estas cuartillas.

II

Parece ser que uno de los bichos, que no tenían nada de becerros, y que hasta es posible que en los tiempos presentes no todos los matadores de alternativa se hubieran prestado á lidiarlos, después de haber herido de alguna gravedad á un D. Antonio Gil de Sancho, indudablemente oficial en el escuadrón de D. Julián, y que se había ofrecido á rejoiner á la antigua usanza, sembró de tal modo el pánico entre los aprendices de lidiadores, que ya el público pedía la salida de los perros, que sujetando al animal, permitiera que se le desjarretara.

El amor propio, sin embargo, es mal consejero; y mientras los demás se retraían, un mozo, muy garrido por cierto, y que á juzgar por los arreos y las insignias debía servir como cabo en los famosos lanceros, calmó de pronto el tumulto tomando el estoque y la muleta, y yéndose á pedir la venia á su ilustre jefe, á quien se había dado la Presidencia, por supuesto á nombre de la legítima Majestad de Fernando VII.

Una vez obtenida ésta, el mancebo se dirigió al toro, que sin más castigo que el solo rejón que había conseguido clavarle el maltrecho caballero en plaza, había buscado defensa en los tercios, y parecía de allí desafiar al que fuere osado acercársele.

El cabo, sin ayuda de nadie, avanzó sereno y pausado, desplegó la muleta en el mismo hocico de la res, y ésta arrancó con la velocidad de sus no quebrantadas facultades.

Que el mozo no estaba exento de costumbre de habérselas con un toro, lo decía su soltura. Pero no podía ser ésta tanta, que lo que hubiera sido lucimiento y majeza ante un animal claro y manejable, no se trocara en grave riesgo con aquel que, por receloso y de sentido, pedía un maestro muy avezado.

Al tercer pase ya parecía que conocía la res la debilidad de su adversario, advirtiéndole con sus acosos que, si no se había quitado ya de delante al importuno, era sencillamente por no haber pronto un decidido empeño en ello.

No obstante, cuando ya había conseguido sacar al bicho de la querencia que había tomado, é indudablemente se disponía á citarle á la muerte, un grito de espanto salió de todas las localidades de la Plaza.

Antes de que el matador hubiese podido plegar el engaño, el toro, revolviéndose sobre él, le había empitonado por el tercio inferior del muslo izquierdo, y le tenía en sus formidables y levantadas astas, sin que en todo el ruedo se viese ni sombra de capote que pudiera acudir en su auxilio.

Pero aquello duró menos de un segundo. Sin saber de dónde surgió un hombre, mejor dicho, un gigante de formas angulosas y enjutas, y que vestía el traje de la gente de campo del país, y llegándose de una sola zancada al animal, le arrebató de los mismos cuernos la presa, la arrojó lejos de sí, como si se hubiera tratado de un harapo, y se quedó frente á frente del astado animal sin defensa alguna.

Este, repuesto de la sorpresa que debió producirle tal audacia, arremetió con mayor pujanza al intruso que no retrocedió un paso. Pero con indescriptible asombro de todos, se vió que esta vez la que cedía era la fiera, que hábil y poderosamente mancornada por aquel titán vestido de paño de Béjar, rodaba á sus pies dando un bramido de impotente cólera.

El charro sacó de la media vaca su punzón, pero antes de sepultarlo en la cerviz de la res, se volvió al mozo que acababa de levantarse del suelo, y le dijo con laconismo:

— Era tuyo y debes rematarlo.

El cabo, que por cierto arrojaba alguna sangre de la herida que debía tener en el muslo, obedeció, y de un solo golpe arrancó la vida al toro.

Después cayó en los brazos del paisano sollozando:

— ¡Gracias, padre!

Pero éste se limitó á examinar la herida, y viendo que no ofrecía peligro, dijo con naturalidad:

— Que te mate una bala en buen hora; pero morir tú de una cornada, no puede ser. A cada uno lo suyo.

Y padre é hijo se metieron entre las vallas en medio de los calurosos y nutridos aplausos de la multitud, que no dicen los papeles que tengo á la vista si acabó ó no de presenciar aquella corrida organizada en honor de los lanceros de don Julián Sánchez, y en beneficio de los soldados heridos defendiendo la causa nacional.

ANGEL R. CHAVES.



AL PRESIDENTE

Lo está usted haciendo muy mal y el público está aburrido.

¿Pero usted qué se ha creído que es la fiesta nacional?

En toda la temporada que hoy por fortuna termina, le ha hecho usted tragar más quina que en América hay plantada.

Y esa no es la obligación de ningún buen Presidente. Hay que dar gusto á la gente, ó dejar ese sillón.

¿Que el ganado no da juego?

Pues al corral el ganado.

¿Que está huido y asustado?

Pues banderillas de fuego.

¿Que tres ó cuatro piqueros

están haciendo la rosca?

Pues si quien paga se amosca,

se multa á esos caballeros

y se sacan los reservas,

mi querido Presidente;

¿ó han de estar eternamente

ejerciendo de conservas?

¿Para qué está el Reglamento?

¿O es que usted se ha figurado

que es el cargo que le han dado

cosa de poco momento?

¿Sí? Pues ojo, que es de plata

el Cristo que se le ha visto;

y ni aunque saque usted el Cristo

evita la zaragata,

si el pueblo se le amontona

— que ya se va amontonando —

y va á ponerle á usted blando

como el turrón de Jijona.

Y es triste que porque usted

no sepa lo que se pesca,

se mueva al fin una gresea

de aquellas que yo me sé,

y pague quien no es debido

los vidrios que usted ha roto.

Conque tiene usted mi voto

para pasarse al tendido...

Y si esa tarea ingrata

le dan á usted nuevamente,

niéguese rotundamente

y... ¡no meté usted la pata!

—

Por lo que pueda tronar,

debo y quiero hacer constar

que en esta composición,

nada hay fuera de lugar

ni lleva mala intención.

EDUARDO DE BUSTAMANTE.

LENGUAJE CURSI-TAURINO

Á las corridas de toros, que había aprendido mejor que las Pandectas y el Fuero Juzgo, esa fraseología cursi taurina, que á semejanza del *argot* convencional que se usa entre bastidores de los teatros, se emplea generalmente por los que miran y no ven los detalles de la fiesta nacional.

Viniera bien ó mal, encajaba en toda conversación su vocabulario. Los amigos le escuchaban con benevolencia, los necios con admiración, y algunos le toleraban indiferentes, como sucedía á D. Nicolás Manso, inquilino de la casa de que aquél era dueño, y padre de una bella joven, de 20 años, para la cual no era saco de paja D. Arturito. Empeñóse éste cierto día en referir á la niña los lances de la fiesta que acababa de presenciar, y contenta ella y resignado el papá, entablaron el siguiente diálogo:

— Mire usted, Pepita, cuando sonó el clarín y el carcelero abrió la prisión, salió de ella un *berrendo*, con una *romana* y una *madera* descomunales.

— Tengo oído que berrendos llaman á los toros; pero eso de la romana y la madera, perdone usted, no sé lo que quiere decir.

— Pues que era grande y tenía más largas las astas de lo regular.

— Ya: siga usted. Mamá le hubiera entendido, por que sabía eso de *veleto*, *mogón* y *bragado*, pero yo...

— Para *cortarle los pies*, Cúchares le lanceó tres veces con *verónicas* y *navarras*.

— ¡Ave María Purísima!

— Y entonces los piqueros, á pesar de ir montados en maías *sardinas*, le pincharon con denuedo, *rascándole* Berrinches terriblemente.

— ¡Qué barbaridad! ¿Y le mató?

— No, niña, no: si *cutis* ó *epidermis* ó *piel* ó *pellejo*, como quiera usted llamarlo, se puede andar.

— ¿Sí? No lo sabía.

— Pues hija — dijo Manso — ten cuidado con tus amigas Laura y Pilar, que son capaces de despellejar con su lengua... adelante, D. Arturo.

— *Cambiaron la suerte*...

— ¿Qué? ¿El toro y Berrinches? ¿Este fué desgarrado por aquél? ¡Qué horror!

— Me interrumpen ustedes demasiado: cambiar la *suerte* no es cambiar de *fortuna*, ni aun de puesto, sino

pasar á ejecutar otro juego con el toro, distinto del de picar ¿lo entiende usted ahora?

— Perdónela usted, D. Arturo; no ha visto nunca una corrida, y ¡ojalá me hubiese sucedido á mí lo mismo! Mañana hará siete años que ví la última, y mientras me divertía en la Plaza, mi mujer fué *cazada* en el Paseo de Recoletos por un capán de *Cazadores*, sin que hayamos vuelto á saber más.

— ¡Pobre D. Nicolás! Olvide usted esa cogida. Pues verá usted: cambiaron la suerte, como he dicho, y Blayé y Muñiz cumplieron con *dos pares muy limpios*, pasando el bicho que se *acostaba del derecho*...

— ¿Qué bicho se acostaba?

— El toro: á manos de Cúchares, que antes le había *galleado* admirablemente.

— ¡Galleado! ¿Y cómo?

— Con el capote puesto en los hombros.

— ¡Ah! Vamos, menos mal, porque á cuerpo descubierta...

— Siga usted, D. Arturo. ¿Qué entiendes tú de eso?

Se sonrió maliciosamente el joven y continuó diciendo: tres *de telón* y uno *de pecho*, *hartándole de trapo*, bastaron para *cuadrar* al bicho, al cual se tiró con una *media*, bien señalada, que le hizo *morder el polvo*.

— Perdone usted: ¿qué es lo que le dió de pecho, y dónde llevaba guardada Cúchares esa *media* que tiró al toro? ¿Estaba envenenada?

— Calla, tonta: dispénsela usted, no entiende una palabra de cosas de cuernos.

— Pues ya aprenderé cuando me case. Tontita es la hija de mi madre para dejar de saber todo lo que ella...

— Basta, dijo enfurecido el padre, que al ver salir de la casa á D. Arturo, sin despedirse, exclamó: ¡casi es mejor hablar de todo de modo que no se entienda! Y para que otra vez no te suceda lo que ahora, te diré, en el lenguaje de D. Arturo, que los hombres son como los toros: si mansos ó *temerosos*, toman *querencias* de las que no quieren apartarse; cuando son bravos ó *de sentido*, hay que llevarlos ciegos, *empapados en el engaño*, porque si no, á lo mejor, ó *encunan* á quien se les pone al paso, ó *toman el olivo* para no volver.

J. S. DE N.

Notas sueltas.

De *El Barquero*, arrimando el ascua á su sardina, en *El Herald* del día 7:

«Aun cuando sabemos que esta época del año es la más llamada á los infundios basados en la escasez de noticias taurinas, allá va la última espeluznante nueva que encontramos en un estimable colega.

Asegúrase que es firmísima la resolución de *Guerrita* de no torear en Madrid más que la corrida de Beneficencia (si no encuentra medios de evadirse del compromiso), y es verídica también la noticia que se refiere á que Rafael II se cortará la coleta al finalizar la temporada del año próximo.

Allá veremos.»

Aun cuando todas las épocas del año son buenas para los infundios, sobre todo si se trata de mortificar á *Guerrita* mil pesetas á que *Guerrita* toma parte en la corrida de Beneficencia y á que no se corta el pelo el año que viene.

A no ser que se lo hagan cortar los monstruos á quienes *El Barquero* dispensa su impagable protección.

Allá veremos.

La publicación del presente número extraordinario de *LA LIDIA*, ha sufrido un retraso que lamentamos mucho, y que el público habrá de dispensarnos en gracia del excepcional trabajo que representa su parte artística, para cuya ejecución nuestro amigo y constante colaborador Daniel Perea, ha tenido necesidad de hacer, dado su delicado estado de salud, un esfuerzo que le agradecemos, como seguramente le agradecerán nuestros lectores.

La cubierta que cierra la colección que hoy termina, la recibirán gratis los suscriptores y coleccionistas dentro de breves días.

LIBROS RECIBIDOS

Calendario y Guía de Madrid. — Con este título acaba de publicarse un utilísimo volumen de *noventa y seis páginas*, ilustrado con fotografías, vistas de los edificios más notables de Madrid.

La *Guía* está muy bien dispuesta y nutrida de noticias acerca de todas las corporaciones y entidades oficiales y particulares.

Se vende en las papelerías y puestos de periódicos, al ínfimo precio de diez céntimos.

Almanaque de la Esquila de la torratxa para 1896. — Un tomo de 200 páginas, con bonita cubierta al cromo, redactado por más de cien literatos catalanes, y con 300 grabados de reputados dibujantes. Resulta una verdadera preciosidad por una peseta.

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO DE JULIÁN PALACIOS

27, CALLE DEL ARENAL, 27.—MADRID

Talleres montados con todos los últimos adelantos de estas industrias, y especialmente dispuestos para la ejecución de toda clase de trabajos artísticos y comerciales.

MADRID: Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.

